11490

EL CHISTE.

COLECCION

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

UN INVÁLIDO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ROMAN AZANTOIO.

MADRID.—1873.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.

MAGDALENA, 40.

UN INVALIDO.

UN INVÁLIDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL

DE

ROMAN AZANTOIO.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades
la noche del 20 de Setiembre de 1872.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
LAURA.	D.ª CONSUELO TORRECILLA.
MARIA..	JUANA ESPEJO.
ENRIQUE.	D. JOSÉ VALLÉS.
CARLOS..	FRANCISCO GALVÁN.
JULIO.	ANDRÉS RUESGA.
UN CRIADO.	ALFREDO RUIZ.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Antonio Zamora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la indicada galería son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un gabinete elegantemente amueblado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y JULIO.

JULIO. Decididamente le digo que quedan rotas sus relaciones y que no le quiere usted.

MARIA. Eso es. (Dándole una carta.)

JULIO. Usted disculpará mi insistencia, puesto que soy embajador.

MARIA. Disculpada.

JULIO. Pues hágame usted el favor de volver á leer su carta.

MARIA. Si la sé de memoria. Me ofrece su corazon y su mano. Bien, y qué me hago yo con esos dos objetos? Pretende por ventura hacerme pagar un cuarto de hora de aturdimiento ó de coquetería, con una vida entera de desesperacion?

JULIO. Luego conviene usted...

MARIA. En que he sido ligera? Si. Más que eso, imprudente. Sandoval dice que le he escrito dos cartas, contestando á alguna de las muchas que me ha

607588

dirigido? Es verdad. ¿Que he admitido alguna vez sus galanterías? Puede que no mienta. Pero de eso á creerse que esas frivolidades le dan derecho á mi mano, hay mucha distancia. Sandoval en el primer momento, me pareció agradable; despues de tratarle, he comprendido que no es el hombre á quien yo elegiría para marido.

JULIO. Es un secreto la razon?

MARIA. No. He creido ver en él un carácter terco, algo soberbio, un poco arrebatado, y en su físico un barniz de fatuidad que le hace antipático. Créame usted, no es lo mismo permitir á un hombre que le diga galanterías á una mujer en un salon, qu unirse á él para siempre.

JULIO. Conformes. Pero usted, no pensará ser viuda eternamente?

MARIA. No. A veinticuatro años es muy triste la vida, estando sola mañana, tarde y noche. Además, un hombre es siempre necesario en una casa para arreglar los asuntos de ella. Pero como Sandoval no es la sola edicion de su especie en el mundo, espero otra, y es seguro que vendrá.

JULIO. Positivamente. Aquí tiene usted otro ejemplar. Voy á decirle su resolucion, y terminado este asunto con él, tendré el gusto de ofrecer á usted oficialmente mi cariño y mi mano.

MARIA. Es posible? Y yo que creia que usted solo amaba á su yegua y á sus caballos.

JULIO. Se ha equivocado usted. Porque he amado á muchas mujeres y me han correspondido bastantes.

MARIA. No lo habia sospechado siquiera.

JULIO. Pues sí señora.

MARIA. Dígame usted el nombre de alguna.

JULIO. No las conoce usted.

MARIA. Lo creo.

JULIO. Usted no se ha fijado bien en mí. Por eso no ha notado que yo soy la alegría, el alma de los salones.

MARÍA. Tiene usted razon, no me he fijado, pero de hoy en adelante lo haré.

JULIO. Es inútil, porque cuando la veo á usted entrar donde estoy yo, sin poderlo remediar me asusto y me atonto.

MARÍA. Pues le hago á usted buen efecto!

JULIO. No lo dude usted. Yo no tengo gracia sino cuando usted no me ve.

MARÍA. Qué lástima!

ESCENA II.

DICHOS y LAURA, que entra cojeando un poco.

LAURA. Estás sola?

MARÍA. Casi, casi.

JULIO. A los piés de usted. (A Laura.)

LAURA. Hola, pollo! Cuánto gusto tengo en encontrarle aquí! no puede usted imaginárselo; y cuánto desearia nos diera un ratito de conversacion!... pero me ha parecido que su coche estaba á la puerta, y que el caballo se impacientaba de no ver á su amo. (Le dá el sombrero.) Se fastidia de no verle, créalo usted; se fastidia, porque el animalito comprende que ya es la hora de ir á la Castellana á dar unas cuantas vueltas.

JULIO. Sí que es hora.

LAURA. Y seguramente le estarán echando á usted de menos.

JULIO. Alguna amiga: si acaso.

LAURA. Seductor! Vaya usted, vaya usted.

JULIO. Cree usted que me debo ir?

LAURA. Ya deberia usted estar allí.

JULIO. No diga usted eso delante de María, no vaya á creer que tengo interés en ir á la Castellana.

MARÍA. Me fio de usted, y le espero despues del paseo.

JULIO. Pronto volveré.

LAURA. Sí, sí, adios. No hay animal que divierta más que un tonto.

ESCENA III.

MARÍA y LAURA.

LAURA. Estamos solas?
MARÍA. Sí. Qué ocurre?
LAURA. Que viene.
MARIA. Quién?
LAURA. Mi futuro Enrique.
MARÍA. Vinuesa?
LAURA. El mismo.
MARÍA. Cuánto me alegro!
LAURA. Pues yo lo siento.
MARIA. Por qué?
LAURA. Porque viene justamente cuando estoy coja.
MARÍA. Si apenas se te nota.
LAURA. Claro, y sentada menos. Tú no lo notarás, pero él... Créeme, los hombres lo notan todo... todo. En cuanto me vea, conocerá del pié que cojeo: ya lo verás.
MARÍA. Y cómo te ha ocurrido ese accidente?
LAURA. De la manera más natural. Hace tres ó cuatro dias, en casa de la marquesa del Valle. Un pollo, no feo, me propuso bailar un wals. En aquel momento estaba desesperada... triste, y por olvidar mis penas me puse á bailar: á las pocas vueltas, mi pié resbala sobre una flor que habia en el suelo. Voy á levantarme, quiero andar y estaba coja... coja! al primer momento no me asusté, pensando que aquella incomodidad desaparecería pronto, pero quiá!... seguia cojeando. Esto me inquietó mucho; por fin llegó el médico, que medio me tranquilizó, diciéndome que era una ligera luxacion en una pierna. Tú sabes qué enfermedad es esa?

MARÍA. No.

LAURA. Ni yo. Pues bien; me colocó la rodilla en su sitio, me puso en ella unas vendas y no sé qué medicamento, asegurándome que estaria bien en tres ó cuatro dias; y con efecto, estoy mejor... pero cojeo... Y si no me cura y sigo cojeando, qué hago?

MARÍA. Resignarte.

LAURA. No conoces á los hombres, vamos! no los conoces. Los hombres tienen el corazon mal hecho, son séres groseros, materiales. Ni tienen alma ni comprenden nada ideal. La poesía para ellos no existe. El físico es todo... el espíritu nada. Si un dia no les pareces bella, adios amor. Ese es mi miedo, no parecérselo á Enrique, y créeme, si deja de quererme me muero.

MARÍA. Te adorará.

LAURA. Tú eres mi mejor amiga, de tí me fio... mírame bien; examíname detenidamente... díme, se me nota mucho la cojera? (Andando por la escena.) Chica, me mata tu silencio.

MARÍA Te aseguro que no. Si hasta te hace gracia...

LAURA. No, eso no, maldita! no me atrevo á bajarme del carruaje... porque creo que todo el mundo al verme, dice una, dos, tres, coja es. Vamos, te digo que está tomada mi resolucion; si en nuestra primera entrevista no me demuestra su cariño y su alegría con gran entusiasmo, rompo con él.

MARÍA. Eres una loca.

LAURA. Lo que quiero es que él no me dé calabazas, sino anticiparme yo. Soy exigente y egoista, hasta tal punto, que si antes de visitarme, visita, aunque sea al ministro de la Guerra, hemos concluido para siempre.

MARÍA. Ta... ta... ta...!

LAURA. Lo que oyes. Todo ó nada. Esta es mi divisa. No ves que esta cojera aumenta mi amor propio... y

mi miedo? Permita Dios que le hayan dado los negritos un chirlo en cualquier parte.

MARÍA. Jesús!

LAURA. Lo deseo. No deseo más, sino que una bala le haya hecho un agujero... ó le hayan dado una cuchillada, sin haberle hecho mucho daño, se entiende; pero que venga un poco desfigurado tambien. Ay! si ha sucedido esto, le adoraré, le idolatraré, sobre todo, si le veo estropeado, magullado... Los hombres no comprenden estos sentimientos delicados.

MARÍA. Y hacen bien. El se alegrará de que le quieras menos y venir sano.

CRIADO. Señora!

MARÍA. Qué ocurre?

CRIADO. Esta carta para la señora vizcondesa. (Sacando la carta en una bandeja.)

LAURA. Dáme. Es de un amigo de Enrique, artillero tambien. «Señora: mi amigo Vinuesa me encarga la prevenga que dentro de una hora estará en su casa de usted...» Hoy! y yo cojeando! «Aunque muy fatigado por sus heridas...»

MARÍA. Heridas!...

LAURA. Sí, en plural. Me alegro! Dios me oyó.

MARÍA. No desatines.

LAURA. No serán de cuidado, tonta. «Desea ver á usted, en la creencia de que su vista le curará más pronto que el oculista...» Eh! «Porque ha de saber usted, que una bala le ha vaciado un ojo...» Un ojo!

MARÍA. Pobrecillo!

LAURA. O lo que es lo mismo, está tuerto! Qué horror!... Pero tú has oido alguna vez que un hombre se atreva á presentarse ante su amada con un ojo de menos?

MARÍA. De qué te quejas? No acabas de decir que tu único deseo era...?

LAURA. Sí, ya sé... Y lo es que le hubieran herido... pero

una herida... así, en el pecho... porque allí no se vé... ó en la frente... en la frente es bonita una cicatriz! Pero tuerto... Dios mio! un hombre sin un ojo! Comprendes tú un marido á quien no se puede amar mas que así, de perfil... y siempre del mismo lado?

CRIADO. El señor don Enrique de Vinuesa, pide permiso para ver á la señora.

LAURA. Ahí está. Sin duda en casa le han dicho que estaba aquí. Me escapo; dile que no tardaré en venir. Ah! Examínale bien; á ver si tiene arreglo lo del ojo, porque si no trae más que uno... aunque sea grande... no me caso con él.

MARÍA. Es posible?

LAURA. Y tanto. Con un solo ojo no puede ver bien. Pregúntale por sus heridas... en plural... no salgamos con otra... y despues pensaremos. Adios.

(Se vá por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

MARIA y ENRIQUE. Este se presenta con un gorro de terciopelo metido hasta las orejas, á fin de que no se le vea el cabello. Una venda negra, la cual le tapa el ojo izquierdo, y el brazo derecho metido en un cabestrillo de charol.

MARIA. Que pase. —Enrique, bien venido.

ENRI. Ante todo, perdóneme usted no me descubra, para evitarla el mal efecto que le produciria la vista de mi cabeza.

MARÍA. Usted sabe desde hace mucho tiempo, que esta casa es muy suya. (Pobre, cómo viene!)

ENRI. Estoy leyendo en sus ojos, la sorpresa que le causa mi estado; apenas si consigue usted conocerme.

MARÍA. No tanto. Aunque realmente está V. algo desfigurado.

ENRI. Esa es la palabra. Por poco no me desfiguran del

todo. No se puede ir á la Habana y volver impunemente. Los cubanos tienen el carácter peor formado del mundo.

MARÍA. Y parecen aquí tan suaves.

ENRI. Consistirá en los aires, porque lo que es allí, dan cada disgusto... en fin, mire usted la muestra.

MARÍA. Ya, ya. Y qué es eso de la cabeza?

ENRI. Casi nada. Un morenito de aquellos, al ir á cogerle en una manigua, fué más listo que yo, y me dió con un rompe-cabezas un golpe tal, que me magulló completamente el cráneo, y de sus resultas perdí todo el pelo.

MARÍA. Todo?

ENRI. Todo, todo, no. Me han quedado un par de docenas de cabellos más fieles que los otros.

MARÍA. Y el brazo?

ENRI. Eso fué en una carga que dimos, en la cual me dieron un machetazo en el hombro, que me lo descompusieron completamente. No me inquieta mucho, porque me han asegurado que me lo compondrán.

MARÍA. Dios lo quiera! Pero y el ojo?

ENRI. Eso fué en otra accion. Me encontré con una bala que iba perdida, y no tuve más remedio que recibirla. Tampoco me importa mucho, porque me han dicho que aquí hay un oculista que me arreglará lo mejor posible.

MARÍA. Cuánto habrá usted sufrido!

ENRI. Figúrese usted.

MARÍA. Laura á su vez, va á tener mucha pena, cuando sepa...

ENRI. Aquí me han dicho, en su casa, que la encontraría; por lo tanto, no me agradezca usted la visita, porque mi impaciencia me ha hecho venir á buscarla.

MARÍA. Sí, ha estado en efecto, y me ha dicho que no tardaría en venir; y suponiendo precisamente que

vendria usted á casa, sino la encontraba en la suya, me ha encargado recibiera á usted.

ENRI. Eso me tranquiliza. Mi solo temor, lo único que ahora me asusta, es que haya olvidado mi cariño. Quién sabe lo que se puede cambiar en una ausencia. Físicamente, cuánto no he cambiado yo?

MARÍA. Es verdad.

ENRI. Por eso la hice prevenir por un compañero. Me faltó valor para presentarme de repente ante ella; su amor es mi único consuelo; si me falta, me volveré á pelear, hasta que mi corazon la olvide.

MARÍA. (Qué diferencia!)

ENRI. Y no crea usted que amo en ella la belleza, no; amo su alma, el ser ideal y misterioso que en ella existe. Recuerda usted cuando Laura estuvo enferma con viruelas?

MARÍA. Ya lo creo.

ENRI. Pues nunca la quise más. El médico me permitió entrar á verla con él; su rostro estaba tan desfigurado, que no se notaba en él ni resto de su belleza; creí que nunca la recobraría. Esta creencia me hizo adorarla. Por qué desapareció aquella enfermedad sin dejar ningun rastro de fealdad en su fisonomía!

MARÍA. De veras lo sintió usted?

ENRI. Por egoismo. Hermosa, el perfume de la lisonja y de la adulacion le haria ver más ridículo mi estado actual. Fea, estaria más á mi nivel. Nadie repararia en ella; entonces su corazon buscaria ternura, apoyo para cruzar la vida; y al ofrecerle el mio, le aceptaria con toda la efusion de su alma, y seríamos felices toda la vida.

MARÍA. Esos sentimientos son dignos de usted. No olvide, si algun dia tiene necesidad de una verdadera amiga, que en mí la tiene.

ESCENA V.

Dichos y un CRIADO.

CRIADO. Una carta para la señora. (La saca en una bandeja.)

MARÍA. Bien; déjela usted ahí.

CRIADO. Espera la contestacion el criado del señor de Sandoval.

MARÍA. Dame. (Leyendo.) Ah! Insolente. Dile que nada tengo que responder. (Vase el criado.)

ENRI. Me parece que la lectura de esa carta, ha entristecido á usted.

MARÍA. Cómo no? Hay hombres que hacen pagar cruelmente, la más leve falta. Este que me dirige esta carta... sabe que soy una pobre mujer sola, sin defensa, y abusa cobardemente de mi posicion. Pretendia mi mano; he rechazado su oferta, y si tuviera alguna duda de haber acertado no admitiéndola, acaba de confirmármelo. Merezco lo que ha hecho; aunque mi culpa es solo haber sido leal y franca. A pesar mio, las lágrimas asoman á mis ojos.

ENRI. La amistad tiene el derecho de enjugarlas; y si la mia merece que yo sepa la causa, le aseguro cumplir con el deber que impone título tan honroso.

MARÍA. Lea usted, y sépala. (Le da la carta.)

ENRI. (Leyendo.) «Ni me doy por vencido, ni estoy satisfecho de usted.» Quién firma estas insolencias? «Cárlos de Sandoval.» Debí figurármelo.

MARÍA. Usted le conoce?

ENRI. De nombre. Habia oido decir, que á pesar de sus botaradas, era hombre de mundo; ahora no lo creo. El que amenaza á una mujer, ni es hombre, ni bien nacido.

MARÍA. Y esto, sin razon y sin derecho. Habré sido con él tal vez ligera, pero siempre leal. He estudiado su carácter, y he creido ver, tras su exterior agrada-

ble, que el suyo no podria avenirse con el mio; se lo he dicho así, francamente; ese ha sido mi delito.

ENRI. Me basta haber leido esta carta, para comprenderlo todo.

CRIADO. Don Cárlos de Sandoval, desea hablar con la señora.

MARÍA. Qué insolencia!

ENRI. Permítame usted arreglar este incidente con ese caballero: cinco minutos bastarán; yo le recibiré por usted.

MARÍA. No quisiera que usted se comprometiera. Sandoval es arrebatado, podria decir á usted alguna insolencia y...

ENRI. Nada tema usted. Cómo es posible que nadie intente batirse conmigo, viéndome en este estado? Mi intencion es tranquilizarle, y hacer comprender lo mal que hace dirigiendo á una señora tales impertinencias.

MARIA. Sea como usted quiere; seré á usted deudora de un gran favor, si me libra de él.

ENRI. Ahora sí que somos verdaderos amigos.

MARÍA. Eso siempre. Que pase ese caballero. Por Dios, prudencia.

ENRI. No tema usted nada.

ESCENA VII.

ENRIQUE y CÁRLOS.

ENRI. Hé ahí un corazon de mujer. Encontré uno.

CRIADO. Don Cárlos de Sandoval.

ENRI. Caballero...

CÁRLOS. Beso á usted la mano. Creí encontrar aquí á la señora de Mendoza.

ENRI. En efecto, estaba hace un momento, pero tenia que hacer...

CÁRLOS. Y usted esperaba.

ENRI. Sí señor; pero ya no espero.

CÁRLOS. Entonces no era á ella, si no entiendo mal, á quien usted esperaba, sino á mi.

ENRI. Eso es.

CÁRLOS. Por encargo suyo?

ENRI. Precisamente.

CÁRLOS. Ah! Ya... ya... ya.

ENRI. Y para no perder tiempo le diré, que para hablarle sobre la cartita que le ha dirigido usted hace un momento.

CÁRLOS. Ya sé.

ENRI. La cual le ha sorprendido... Mejor que eso... la ha afligido mucho.

CÁRLOS. La cosa no es para tanto; en su mano estaba haberse evitado ese disgusto. Pero ante todo, usted conoce la carta?

ENRI. Sí; su confianza conmigo es bastante grande, y me la ha leido.

CÁRLOS. Ya; entonces le habrá dicho el motivo de habérsela escrito.

ENRI. Tambien. Usted ha apreciado mal ciertos hechos, y eso es todo. Una mujer puede admitir las galanterías de un hombre, y arrepentirse y rechazarlas, siempre que no hayan mediado promesas formales, ni compromisos sérios.

CARLOS. Pero siempre estará obligada á decir la causa que motive su cambio. De mí sé decir á usted, que nada me molesta tanto, como el que me cierren una puerta cuando la he tenido franca.

ENRI. Comprendo su mortificacion; pero en mis largos viajes he adquirido la experiencia, de que en casos como este, lo mejor que un hombre de juicio debe hacer, es retirarse galantemente.

CÁRLOS. Es eso una leccion?

ENRI. Oh! no, es un consejo.

CÁRLOS. No acostumbro á recibirlos más que de mis amigos, y usted, parece que no lo es más que de esa

señora; de modo, que puede usted dárselos á ella.

ENRI. Suplico á usted, no hable así tan resueltamente hasta el fin.

CÁRLOS. Qué, hay más?

ENRI. Sí señor: dos cartas que conserva usted en su poder, y que le pido.

CÁRLOS. Se las dé? Sabe usted que nuestra conversacion parece el último capítulo de una novela? Francamente, no estoy ahora de ese parecer.

ENRI. Lo siento.

CÁRLOS. Por qué?

ENRI. Porque esa señora me ha dado el encargo de recojer esas cartas, y acepté, en la seguridad de que un hombre como usted accederia de buen grado á tan justa demanda.

CÁRLOS. Pues se ha equivocado usted.

ENRI. Lo veo, y lo siento por usted, que al negarse me hace dudar...

CARLOS. De qué duda usted?

ENRI. De su reputacion de caballero.

CÁRLOS. Ha terminado usted de formular ese insulto, por la lástima que inspira su estado; de otro modo...

ENRI. (Quitándose el gorro, venda y cabestrillo.) Qué hubiera sucedido? Veamos.

CÁRLOS. Qué farsa es esta?

ENRI. Una farsa que no interesa á usted. Lo que sí le interesa es saber que yo estoy á sus órdenes y las espero.

CARLOS. No deseo otra cosa. Así me desahogaré con alguien. Justamente ahora menos que nunca tengo intencion de devolverle á usted las cartas que me reclama.

ENRI. Suponia su terquedad: pero tambien soy yo terco, y no desespero de convencerle.

CÁRLOS. No hay más que un modo. Mi casa está á dos pasos de aquí, en el número 26 de esta misma calle. Al salir dejé algunos amigos fumando en mi cuarto, si usted quiere, pueden servirnos de testigos...

bajamos al jardin... tomamos dos sables... y el que quede herido ó muerto, le faltará la razon, y como creo sea á usted, de paso me pagará su intempestivo insulto.

ENRI. Me parece muy bien, solo que soy yo el que vá á cobrarle lo que deberia haber pagado ya.

CÁRLOS. Creo que basta.

ENRI. Y sobra.

CÁRLOS. Espero á usted. Ah! Desearia saber el nombre de usted por precaucion.

ENRI. Se lo diré, aunque para estos casos no hace falta. Usted no se va á batir con el nombre, sino con el hombre. Me llamo Enrique de Vinuesa, y soy capitan de artillería. (Se pone la venda, el cabestrillo y el gorro.)

CÁRLOS. Me basta. Hasta ahora.

ENRI. Sigo á usted al momento. No hay fortuna mayor que enseñar al que no sabe.

ESCENA VIII.

MARIA y ENRIQUE.

MARIA. Se marchó?

ENRI. Sí, señora.

MARIA. Y qué ha resultado?

ENRI. Lo que debia suceder y dije á usted. Que me espera en su casa para devolverme sus cartas.

MARIA. Cómo pagar á usted lo que por mí ha hecho?

ENRI. Preparando á Laura y ayudándome con su amistad... para que ella no me rechace.

MARIA. Lo haré con alma y vida.

ENRI. La mia le deberé si ella no me desaira. Voy con su permiso á casa de Sandoval, porque no quiero hacerme esperar.

MARIA. Le recomiendo de nuevo la prudencia por Laura y por mí.

ENRI. Nada tema usted. Adios (Váse.)

ESCENA IX.

MARIA, LAURA.

MARIA. Qué bueno es! Cómo no adorar á un hombre así. Oh! Laura le querrá; tiene corazon... es un poco ligera, pero nada más. Orgullosa deberia estar de haber inspirado ese cariño. Cuánta nobleza no revela su alma en este mismo momento, olvidando sus afecciones más queridas, por defender á una mujer? Estoy segura. Laura le querrá.

LAURA. Jamás, jamás, y jamás.

MARIA. Eh?

LAURA. Le he visto un momento desde allí. Ay, Maria, creí que me desmayaba, al verle tan feo. Digo, feo! Horrible! Qué me dices de su gorro? si parece un chino; y el brazo? y el ojo? Horror! Vamos es el rigor de las desdichas! Y sus ideas corren parejas con su facha. Cuidado que es atrocidad sentir que las viruelas no me hayan desfigurado... me marché, no quise oir más, porque si me dejo llevar de mi génio salgo... y le pego... lo que oyes, le pego. A quién se le ocurre desear que una carilla como esta la desfiguren las viruelas? El si que está desfigurado y agujereado y roto por todas partes.

MARÍA. Mujer, no piensas lo que dices. Reflexiona cuánto te quiere.

LAURA. No me lo digas. Quién sino él se atreve con esa facha á querer á nadie?

MARÍA. Pobrecillo! A mi me interesa su desgracia y trae á mi memoria los recuerdos más queridos de mi infancia. Te acuerdas de mi pobre padre, tambien inválido como él, de la guerra civil? Si vieras con qué ternura daba gracias á mi madre cuando le ayudaba á andar! Con qué cariño la besaba la mano para expresarla su reconocimiento y su amor!... y mi madre con qué cuidadoso esmero le asistia, y

cuán feliz se contemplaba por poder aliviar los dolores de su esposo! Créeme: mil veces se agolpaban las lágrimas á mis ojos, contemplando aquel cuadro de ternura y de felicidad conyugal.

LAURA. Te creo; mas el caso no es el mismo. Tu madre, cuando se casó, lo hizo con un hombre sano... y todo entero... al paso que este... desde el principio ya está roto.

MARÍA. Y no fuiste tú la que le aconsejaste que fuera á Cuba?

LAURA. Sí, porque habia enviudado hacia poco tiempo, y deseaba conocerle bien, no me saliera como mi difunto, que tenia miedo hasta de su sombra... y me hizo pasar todo el martirologio romano.

MARÍA. Corriente. Pero pudo quedarse aquí: él te propuso dejar el servicio... y recuerdo tu contestacion: «Un hombre debe ser útil á su pátria: en América levantan el pendon rebelde; cumple el deber que te impone tu honroso uniforme, combate y vence: mi firme amor te espera.»

LAURA. Y ni me arrepiento ni niego lo que dije. Vencedor le queria... pero tuerto no. Me gustan los hombres valientes, pero no deteriorados. Y sobre todo: por qué no me ha escrito diciéndome todas esas calamidades que le han sucedido? Por qué no me ha enterado de sus desperfectos, eh? Porque queria sorprenderme, abusar de la promesa que le hice. Desengáñate, los hombres son unos bribones. Y yo que temblaba por miedo de parecerle fea con mi cojera! Bah! bah! qué tonta! Me voy á casa, que ya estará esperándome el médico, para levantar los vendajes, con lo cual creo quedaré bien del todo.

MARÍA. Y no esperas á Enrique?

LAURA. Para qué?

MARÍA. Quédate, te lo suplico. Piensa que te quiere mucho.

LAURA. Eso es lo que me dá miedo. Una fidelidad que viene de Cuba! Horror!

MARÍA. Y si pregunta por tí?

LAURA. Le dices...

ESCENA X.

DICHOS, ENRIQUE y CRIADO.

CRIADO. Don Enrique Vinuesa.

LAURA. (Me atrapó!)

ENRI. (Llegó el momento decisivo.) Por fin logran mis ojos ver á usted.

LAURA. (Sus ojos! Ojalá!) No soy invisible... y Maria le habrá dicho... (Dios mio! sí de cerca es más feo.)

ENRI. Sé qne me esperaba usted; Laura, puedo creer que nada ha cambiado desde mi partida?

LAURA. Siempre se varía algo.

ENRI. No hablo de los pequeños accidentes del exterior.

LAURA. Pequeños? Pero de cuál habla usted?

ENRI. De su ligera cojera.

LAURA. Quién le ha dicho á usted eso?

ENRI. Yo que lo he visto.

LAURA. Qué fino es, no ha reparado en otra cosa.

ENRI. Tambien usted me encontrará muy variado.

LAURA. Así, regular.

ENRI. Por eso no tengo valor para ver á nadie.

LAURA. No ha visitado usted ni aun al ministro de la Guerra?

ENRI. A nadie. Solo á usted, que es para mí el mundo entero.

LAURA. Qué locura! Así no será usted nunca ni coronel... ni general... ni nada.

ENRI. Tiempo tendré.

LAURA. Nada antes que la obligacion... No soy egoista, el porvenir ante todo; y el de usted está en el campo del honor.

ENRI. Segun eso usted quiere...

LAURA. Lo que es natural. Que vea usted al ministro, que le ofrezca de nuevo sus servicios... que no pierda el tiempo. Y para darle á usted el ejemplo me voy á mi casa, para que usted vaya á hacer sus negocios.

ENRI. (Se confirmó mi sospecha, es como todas.) Se vá usted.

LAURA. Si. Esta cojera que ha tenido usted la suerte de reparar, antes que nada, me obliga á ir á mi casa donde me espera el médico que me la ha de curar... y dentro de una hora, verá usted... que no verá nada.

ENRI. Me permitirá usted acompañarla?

LAURA. Gracias; no quiero molestar á usted, no sea que se empeoren sus heridas. Solo tardaré unos minutos, puede esperarme si gusta.

ENRI. Espero, y esperaré.

LAURA. (Sí, sentado.) Hasta luego. (Qué feo es!!)

ESCENA XI.

MARIA y ENRIQUE.

ENRI. Si viviera un hombre mil años, no le bastarían para conocer á las mujeres.

MARIA. Supongo no habrá usted creido las bromas de Laura.

ENRI. Desgraciada ó afortunadamente, para mí no son bromas sus palabras, sino un desengaño más que presentia. Con sus burlas ha hecho pedazos mi amor. Lo esperaba desde el dia que recibí estas heridas. Mis condiciones físicas han desaparecido, y como la mujer, ordinariamente juzga por el exterior, no me sorprende el desengaño.

MARIA. Perdone usted le haga observar que no todos los séres piensan del mismo modo. Si en este mundo solo se juzgara por las apariencias, seria una gran desgracia vivir en él, con ese convencimiento. Un

exterior, por agradable que sea á los ojos de una persona sensata, valdrá siempre infinitamente menos que un corazon honrado.

ENRI. Soy de su opinion. Pero los que así pensamos, estamos en minoría.

MARIA. Por eso valemos más. Qué rareza! Pues no se me figura que cuando se fué V. á ver á Sandoval, llevaba el brazo izquierdo y no el derecho en el cabestrillo?

ENRI. No creo...

MARIA. Sí, sí.

ENRI. Estaria usted distraida...

MARIA. Lo hubiera jurado. Supongo que se quedará en Madrid por ahora?

ENRI. No. Voy á seguir el consejo de Laura. Veré al ministro de la Guerra para que me destine otra vez á América.

MARIA. No haga usted esa locura. Pretende usted ponerse en camino otra vez en el estado delicado en que está, solo, sin una persona querida que le acompañe y le cuide? Y si se agravaran sus heridas?

ENRI. Me resignaría. Ese es el lado cruel de los que no tenemos familia. Nuestros dolores son dobles, porque sufrimos sin consuelos.

MARIA. Ah! Si yo fuera parienta de usted, aunque lejana, le aseguro que sin vacilar le acompañaría.

ENRI. Para una mujer hermosa es un gran sacrificio no poder gozar del mundo, ni de la sociedad, dedicada á cuidar de un enfermo, de un enfermo que al recobrar la salud, recobra el ridículo.

MARIA. No veo ese ridículo, al contrario; el hombre que dá á su pátria juventud y vida, ese es el más hermoso; ridículo es á mis ojos el que la deshonra, ó comercia con ella.

ENRI. Gracias á Dios que he encontrado una mujer con corazon.

ESCENA XII.

DICHOS, LAURA y JULIO.—Enrique se retira al fondo, á fin de no ser visto en el primer momento por Laura.

JULIO. Gran novedad.

LAURA. Dos grandes novedades. Mira con qué seguridad piso. (Se pasea por la escena.) Parece que me han hecho una rodilla nueva, una rodilla de encargo.

ENRI. Reciba usted mi enhorabuena.

LAURA. Gracias. Aun no ha ido usted á ver al ministro?

ENRI. No señora.

LAURA. Jamás tendrá usted juicio.

ENRI. Veremos.

LAURA. Julio, díganos usted la novedad que nos anunciaba, ya que yo he dicho la mia.

JULIO. A María es á quien más interesa.

MARIA. A mí?

JULIO. Seguramente. Cárlos de Sandoval no volverá á molestar á usted más, segun acaba de decirme.

MARÍA. Cuánto me alegro.

JULIO. Se ha despedido de mí; se marcha á París á pasar una temporada, y de paso á ver á Nelaton para que le arregle una mano que se ha *fracturado* haciendo gimnasia. Quiso hacer una plancha...

ENRI. Y lo plancharon.

MARÍA. Enrique, usted se ha batido con él.

ENRI. Señora...

MARÍA. Estoy segura; y la causa he sido yo. Por mí ha expuesto usted su vida ..

ENRI. Por quién mejor que por una verdadera amiga. Además, tal vez me guiaba otro interés. Hay momentos en la vida, que con una mirada se lee el fondo de un corazon, como un solo golpe de piqueta basta para descubrir un tesoro.

MARÍA. Es cierto.

ENRI. Sandoval ha recibido una ligera herida de sable,

un arañazo, único argumento ante el cual se ha convencido, de que no tenia razon ni derecho para conservar sus cartas, y me obligó á emplearle con él; una vez convencido, me las dió... y aquí las tiene usted. (Le dá las cartas.)

MARÍA. Ah! gracias. Puede ested leerlas, y verá que no le engaño.

ENRI. Para qué? supongo lo que dirán. Si usted me permite... (Indica con la accion si le permite romperlas.)

MARIA. Sí, sí.

ENRI. Vuelva á la nada, lo que nada es.

LAURA. Muy bien. Vé usted? Esos lances son los que á mí me entusiasman.

JULIO. Y á mí. Diga usted, y con ese solo brazo le ha bastado á usted para...

ENRI. Sí señor. Con uno hay bastante para castigar á un tonto.

JULIO Ya lo he visto.

LAURA. Lo que hay de grave en este lance, es que tu nombre andará ahora de boca en boca, unido al de Sandoval. Vamos, que te ha comprometido.

JULIO. Seguro; pero si la sirve el mio para defenderla, se lo ofrezco con mi mano... y con mi persona, que me parece que no es poco... eh?

LAURA. Sí, es regular.

ENRI. Ya lo creo; pero lo lógico es, que el que ha tenido la culpa, el que ha comprometido el nombre de esta señorita, soy yo, y á mí me toca reparar mi falta. María, si usted la acepta, he aquí mi mano de esposo, y por si no le basta una, le ofrezco las dos. (Saca del cabestrillo, el brazo que ha tenido en él durante la pieza.)

MARÍA. Enrique!

LAURA. Cómo es eso? Poco á poco. Pues antes no tenia usted una inútil?

ENRI. Sí señora. Pero he tenido la suerte de encontrar tambien un médico que me ha curado.

LAURA. Ah! Con que usted tambien... (Indicándole si puede mover los brazos.)

ENRI. Vea usted...

LAURA. Ya, ya. (Se ha burlado de mí.) Sí, pero aún le queda á usted el ojo. Pues no es nada lo del ojo...

ENRI. Nada. Vé usted? nada, (Se quita la venda.) habiendo caido la venda de mis ojos... tal vez fuera la venda del amor; ahora afortunadamente veo claro. Y el gorro tambien es inútil. (Quitándoselo.)

LAURA. (Infame, infame, infame!) Con que sus heridas...?

ENRI. Eran verdad. Al otro lado del mar, creí morir. La ausencia me hizo dudar, y se me ocurrió la idea de convencerme fingiendo una comedia... y usted puede juzgar del éxito.

LAURA. (Traguemos saliva.) No está mal. (Hé aquí un hombre que debia haber nacido mujer.) Ha vencido usted, y le perdono el desaire.

ENRI. Desairar á usted, nunca. Nos hemos convencido de que no nos conveníamos.

JULIO. Y yo, convengo? (A María.)

MARÍA. Para amigo siempre, para esposo...

ENRI. Creo que en breve, si María accede á mi pretension, le dirá que está satisfecha con su inválido.

MARÍA. Así lo espero. Con orgullo le daré á usted ese nombre, porque no es la hermosura la que una mujer debe buscar en su marido para ser feliz, sino la nobleza del corazon.

LAURA. Se casan, es trance duro
el que ahora me está pasando.
Mas por eso no me apuro,
me casaré de seguro,
yo no sé con quién, ni cuándo.
Me casaré, sí, comprendo
que alguno caerá en mi red.
A cuántos estoy yo viendo
ahora, que estarán diciendo:
señora, me quiere usté?

Mas temo ser engañada,
que fingen de varios modos;
y aunque quiero ser casada,
cambio el cariño de todos
por una sola palmada.

FIN.